

# El libro viajero

Un libro viajero es un cuaderno que va y viene de casa al colegio, del colegio a casa y de casa a la terapia de un niño con autismo, un diario en el que su entorno escribe lo que hace todos y cada uno de los días de su vida. Escribimos frases cortas y sencillas y lo ilustramos con fotografías y dibujos. Daniel tiene libro viajero desde los dos años y medio, lo que significa que tendrá una autobiografía de varios tomos cuando sea adolescente. Su día a día, sus vacaciones, el día que aprendió a montar en bici, su primer abrazo, sus momentos felices o sus rabietas quedarán reflejados en miles de hojas. De vez en cuando vemos las cosas que hicimos la semana anterior, o el año pasado, y repasamos los nombres de los amigos y los primos. Conservamos todos los libros viajeros. Desde la primera hoja de su primer libro viajero, en la que escribimos algo referente a su vida diaria. Aún no miraba a los ojos. No besaba a nadie. Aún no decía ni una sola palabra. Y sin embargo, lo que ponía en aquel primer cuaderno era la primera página del resto de su vida. Durante dos años, mientras escribía en el cuaderno viajero de Daniel, *Personajes secun-*

*darios se iba convirtiendo en el mío. La vida, al fin y al cabo, es un cuaderno en blanco. Un libro viajero.*

*P.D.: Meses más tarde de aquella primera boja, dijo «agua». Se escuchó a sí mismo y le brillaron los ojos. Su primera palabra. Fue emocionante escuchar una palabra. Desde entonces, su vida está estrechamente unida al agua. Le encanta nadar.*

Café La Moderna

Madrid, 28 de febrero de 2015

# I. EL SILENCIO



# La etiqueta

*A Pilar, por ponernos sobre la pista*

El 14 de noviembre de 2011 fue la fecha del temporal. Hacía un día desapacible y el viento soplaba con fuerza. Estaba leyendo el cuento de los tres cerditos a Daniel: «Y soplaré y soplaré, y tu casa derribaré», decía el lobo a uno de los protagonistas. En ese momento llamó la directora pedagógica del colegio para convocarnos a una reunión de urgencia a última hora de la tarde. Cuando entramos a su despacho su cara vaticinaba lo que iba a anunciarnos, aunque intentaba disimularlo con un gesto que reflejaba la tensión contenida de las malas noticias. Mientras nos daba el nombre de una asociación, su discurso tomó tintes trágicos edulcorados con palabras de ánimo y algún hueco para una esperanza incierta. Pero sobre todo, incertidumbre. Su voz se convirtió en un eco tan grande que retumbaba en las paredes, como un potente resoplido que fuera a echar los cimientos abajo. Y dejé de escuchar. Era como si me hubiera convertido en Garbancito y estuviera en la barriga del buey. Fijé la vista en todos los cuentos que había en las estanterías, esas historias que quería leerle por las noches a mi hijo antes de dormir. Las palabras de todos los libros se despegaron de las

páginas e inundaron la estancia, flotando en un aire enrarecido, como diminutos astronautas que gravitaban sobre nuestros cuerpos. Volaron durante un momento a nuestro alrededor y salieron con forma de remolino a través de una rendija de la ventana entreabierta, igual que esas pelusas que se lleva una corriente de aire cuando alguien abre la puerta de sopetón. Los primeros en abandonar las hojas fueron los nombres de los protagonistas de las historias: Peter Pan, la Cenicienta, la Ratita Presumida, el Gato con Botas, Blancanieves, Caperucita y los Tres Cerditos. Los libros se quedaron en blanco, y tan solo permanecieron aferrados a los folios, desiertos de tinta, los nombres de los personajes secundarios, agarrados con uñas y dientes, como los marineros a un mástil durante una borrasca inesperada. Libros en blanco con nombres de reparto. Cuando salimos caía un auténtico aguacero, sin embargo, todo era un silencio ensordecedor. Miramos al cielo y nos abrazamos callados, mudos, bajo la tormenta. Empapados, permanecemos así un buen rato, y la lluvia se llevó nuestras lágrimas calle abajo, hasta formar un gran charco en el que se iban agolpando algunas de las letras arremolinadas que habían salido huyendo del despacho. Primero se posó en el charco una «a», luego una «u», una «t», una «i», una «s», una «m» y una «o». Comprobé que esas letras eran parte de una etiqueta como las de la ropa, un letreiro de tela enorme que flotaba en el agua. Un coche derrapó y la etiqueta salió volando. Pude ver cómo llegaba a casa, entraba por otra abertura de una ventana y se cosía ella sola, como si tuviera vida propia, en la piel

de mi hijo, bien visible, en la muñeca derecha. Mientras tanto permanecíamos abrazados bajo el aguacero. El silencio solo se quebraba con el aullido del viento, que intentaba derribar los cimientos de nuestra casa. Y ese viento sopló y sopló. Y la etiqueta del niño ondeaba como una bandera cuando corría por el pasillo aleteando los brazos, como si intentara nadar torpemente hasta una ciudad desconocida, oscura y misteriosa, como esos lugares mágicos que salen en los cuentos.

# El protagonista

—Por favor, recapitulemos las premisas de la investigación para llegar a una conclusión viable.

—Todo comenzó cuando Sancho se esfumó, como por arte de magia, de la faz de la tierra. En un principio desconfiamos de la locura de su amo, pero las sospechas que recayeron sobre el hidalgo se disiparon pronto. A las dos semanas borraron al capitán Haddock. No quedó ni rastro de ese borracho en ninguna viñeta. Nosotros entramos en acción cuando Rick nos pidió que investigásemos la desaparición de Sam, el pianista negro, de todos los fotogramas de la película. Desde entonces, barajamos varias hipótesis que nos han llevado a una conclusión: un psicópata está asesinando a los personajes secundarios. Nuestra conjetura quedó confirmada cuando recortaron de las hojas a los Dalton, dejando un maligno vacío que superaba a los propios personajes. Tacharon los diálogos de todas las hijas de Bernarda Alba y taparon con t́pex las palabras del alférez Yago. De todo ello, si me permite, y siempre desde el punto de vista freudiano, he elaborado una teoría propia: el homicida tan solo puede ser un personaje egocéntrico que, movido por los celos profesionales



hacia un secundario cercano a él que le hace sombra en lo laboral, ha decidido librarse de todos los de su especie. Es decir, el psicópata es un personaje protagonista que desea brillar en solitario y quiere librarse de la candela refulgente que le acompaña. ¿Estoy en lo cierto?

—Elemental.

# Si lees tu nombre en la tapa de un yogur

Abres la tapa del yogur para buscar un premio y lees un mensaje dirigido a ti: «Nemesio, sigue buscando». Levantas la vista sorprendido y a través de la ventana caes en la cuenta de un enorme grafiti que adorna el edificio de enfrente. Unas letras en verde brillante trazan tu nombre en la pared. Te animan a descubrir tu verdadero yo. Bajas a la calle sin apenas resuello. En los letreros de todos los negocios hay notas que te van guiando por la ciudad: «A la derecha, Nemesio, búscate a ti mismo, tuerce a la izquierda...». Una mercería exhibe un letrero: «Hoy vas a descubrir quién eres». Y en la lista de precios de una frutería figura el mote con el que te llamaban en el colegio: «Dientes, entra en el bar de al lado». Entrás. El local se llama como tú. Sudoroso, te diriges al baño. Coges el bote del jabón líquido para lavarte las manos. Al acercártelo a los ojos lees este texto en la etiqueta, y descubres que me dirijo a ti para revelarte que, más allá de los límites de este papel, no existes.

## Lavado en caliente

Siempre me habías lavado la ropa, pero desde que me abandonaste tuve que aprender a hacerme la colada. Utilizaba un programa de agua caliente, y mis pantalones y jerseys encogían tanto que parecían de bebé. Un día me olvidé un billete de cincuenta euros. Después del centrifugado se convirtió en uno de cinco. El día que me dejé el móvil recogí un celular diminuto, del tamaño de un pulgar. En otra ocasión la lavadora convirtió un balón de reglamento en una canica insignificante. Decidí meter una novela. Cogí una al azar de la estantería: *Parque Jurásico* de Michael Crichton. Tras el programa de lavado salió el cuento del dinosaurio de Monterroso. Hoy me he metido yo dentro de la lavadora. Te escribo esta nota con el corazón encogido. Al menos ya he superado lo nuestro.

# Coleccionables

*A Fernando Valls*

Con el primer número de septiembre, el periódico traía el bracito rosado de un bebé. Me propuse acabar el coleccionable. «Nancy, no eres constante, nunca acabas nada, igual que mamá», me dije a mí misma. El año pasado, mi madre empezó a encajar las piezas de un galeón, pero dejaron de editar la revista y tuvo que dejar el barco a mitad de hacer. Lo quemó. Ahora, su esqueleto carbonizado flota en la piscina. El año anterior intentó compilar todas las selecciones nacionales de fútbol del mundo, pero nos destrozaban el mobiliario con el balón y decidió cortarles los pies. Hace años tiró la toalla con la colección de árboles de la Amazonía. Se dejó llevar por la desidia, y taló los más importantes, aunque dejó algunas especies raras en las macetas. En el jardín ya había plantado a aquellos asquerosos zombis en cuyos brazos colgó, a modo de frutos, la colección de cabezas reducidas. Yo tengo la intención de construir mi bebé al completo. Ya le he colocado las piezas de la columna vertebral, le he puesto el otro bracito, el hígado, los pulmones y una pierna. Me hizo mucha ilusión encajar el cerebro en el cráneo y enroscar su cabeza pelona en el cuellito. Mi mamá decía que

yo no tenía cerebro. «Cabeza hueca», me llamaba. Pero yo nunca abandonaré a mi hijo en un armario, como hizo ella. Tuve que dispararle con uno de los tanques de la colección de la Segunda Guerra Mundial que había empezado el abuelo. Deberían haberla enterrado en un ataúd coleccionable, un féretro de piezas blancas ensambladas a mano cada domingo. Mañana llega el sexo de mi bebé con el suplemento de la prensa dominical. Si es niña, pintaré de rosa el sótano. Si es niño, pintaré el garaje de azul. Y viviremos felices aquí, en esta casa de muñecas inacabada, inconclusa, incompleta, como los fascículos de un coleccionable de septiembre.